

DIEGO.—Poesía, Ismael, poesía. Cuando llega, los burladores nos quedamos serios; cuando pasa de nosotros, los serios se burlan de ella.

CONSTANZA.—¿No vienen ustedes?

DIEGO.—Ustedes, eres tú. Ve.

ISMAEL.—¿Yo solo?

DIEGO.—En este momento y de este verso, el consonante eres tú. ¡Ve!

(Ismael se reúne a Constanza y entran juntos en la capilla. Diego, inmóvil, los mira y sonríe. Por la izquierda pasan a misa Angela, Clara y Leopoldo, seguidos de dos criadas. Por la derecha Augusto y detrás Juan Manuel y Pedro.)—Telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Un interior en casa de los duques. Puede ser un patio o una habitación, con amplia salida al jardín; lo esencial es que sea recogido, con mucha luz y muy alegre. Es por la tarde.

ESCENA PRIMERA

CLARA y LEOPOLDO, sentados en mecedoras. Una CRIADA, que entra por la derecha y recoge el servicio de café.

CRIADA.—¿Puedo recoger?...

CLARA.—¿Y los señores?...

CRIADA.—En el jardín, menos el señorito Ismael, que está en su cuarto arreglando el equipaje; ha dicho que le llevaran allí el café.

CLARA.—¿Le habéis servido ya?

CRIADA.—¿Al señorito Ismael?... Sí, señora; inmediatamente, ¡ya lo creo! ¡¡No faltaba más!!

CLARA.—¡Bueno, bueno!...

CRIADA.—¿Quiere algo?...

(Mutis criada por la derecha.)

LEOPOLDO.—Respiran por la herida... vamos, por la propina.

CLARA.—Es natural.

(Pausa.)

¿Por qué duermes, Leopoldo?

LEOPOLDO.—Tengo sueño.

CLARA.—Eso te pregunto. ¿Por qué tienes sueño a estas horas?... Hazme el favor de espabilarte; no vaya a entrar cualquiera y se figure que hemos pasado la noche en vela..., y como no hemos, no quiero que se lo figuren.

LEOPOLDO.—Pellízcame a ver...

(Levantándose.)

¡Estoy de la familia, del almuerzo en familia y de las chinchorrerías de la familia, hasta aquí!

CLARA.—¿Hasta dónde, que no te he visto señalar?

LEOPOLDO.—Hasta la coronilla. Es verdad nuestra alcurnia, es verdad nuestra nobleza; pero todos los días y a todas las horas, nobleza y alcurnia, y alcurnia y nobleza... Y como si fuera poco lo que dice, aún molesta con lo que hace.

CLARA.—¿Y qué hace?

LEOPOLDO.—Obligarnos a vestarnos todas las noches como si fuéramos de baile.

CLARA.—Y vestirse, no viéndolo nadie...

LEOPOLDO.—¡Que lo vean después!

CLARA.—Naturalmente.

LEOPOLDO.—Estoy decidido. Me voy a París.

CLARA.—¿Tú?...

LEOPOLDO.—Contigo, mujer. ¿Y dinero?

CLARA.—Es una buena idea.

LEOPOLDO.—Esa es otra idea.

(Pausa.)

CLARA.—Ismael es muy amigo tuyo...

LEOPOLDO.—Sí, ¿por qué?

CLARA.—Por nada.

LEOPOLDO.—La abuela se ha descolgado con dos mil pesetillas.

CLARA.—Ni para el viaje.

LEOPOLDO.—El tío Augusto, ni un céntimo. Buenos consejos y palmaditas en el hombro para que con el masaje entraran los consejos, pero sin aflojar la bolsa. Dice que por este año es imposible...

CLARA.—¿Y tu fortuna?... ¿Cuándo liquidáis?...

LEOPOLDO.—Ese es otro cantar; que no conviene precipitarse; que sería una vergüenza vender fincas; que aguardemos..., y que aguardemos.

CLARA.—¡Qué fastidio!

LEOPOLDO.—Pero yo no estoy dispuesto a seguir aguantando esta predicación constante, recrudescida ahora con la presencia de Ismael. Y dicho sea entre paréntesis, no sé cómo resistes, porque la abuela le dedica todos los puntazos, y de plebeyo lo coge y lo deja, que no hay luego por dónde cogerle.

CLARA.—Le mortifica un poco de más...; pero él no lo entiende o no quiere entenderlo.

LEOPOLDO.—A su negocio, a comprar esas tierras, y después se desquitará diciendo pestes de nosotros.

CLARA.—¿Crees tú?...

LEOPOLDO.—Y hará perfectamente.

(Pausa.)

CLARA.—Y no hay que contar con que me sirva ningún traje de los del invierno pasado...

LEOPOLDO.—¿No?... Vaya, pues a dormir.

(Vuelve a sentarse.)

CLARA.—Tienes mucha amistad con Ismael, ¿verdad?

LEOPOLDO.—¿Por qué insistes en preguntarme eso?

CLARA.—Quizá él pudiera facilitarte...

LEOPOLDO.—¡Jamás!

(Pausa; levantándose.)

¿Qué has dicho?...

CLARA.—No he hablado.

LEOPOLDO.—*(Pausa.)*—Jamás...

CLARA.—Bien...

LEOPOLDO.—No voy a pedirle cinco o seis mil pesetas, que parecería un sablazo.

CLARA.—Pídele una cantidad que no lo parezca.

LEOPOLDO.—*(Riendo.)*—¿Cincuenta mil?

CLARA.—¿Por qué no?

LEOPOLDO.—Porque no las daría.

CLARA.—¿Quién sabe?... Es inmensamente rico, y hoy no le niega un favor a los de esta casa.

LEOPOLDO.—Naturalmente, con mi firma.

CLARA.—Naturalmente. ¿Se las pides?

LEOPOLDO.—¡Si yo supiera que...!

CLARA.—Por sabido. Y aprovecha a escape, que mañana temprano, en el tren de las nueve y treinta, se va a Madrid.

LEOPOLDO.—Ha de ser hoy... claro.

CLARA.—¡Ah... oye! Pídele cien mil.

LEOPOLDO.—¡Clarita!

CLARA.—Con tu firma, naturalmente. El rato a pasar es el mismo, y nos resuelve una porción de apuros.

LEOPOLDO.—Eso sí... pero...

ESCENA II

DICHOS: JUAN MANUEL por el foro.

JUAN MANUEL.—Señora condesa...

CLARA.—¿Qué quieres, Juan Manuel?...

JUAN MANUEL.—Pues a ver si ustedes le dicen a la señora duquesa que lo de la vaca *Pintada* se pone feo, y el profesor no responde.

LEOPOLDO.—Díselo tú.

JUAN MANUEL.—No, señor; yo no me resuelvo a irle con esa encomienda.

CLARA.—(*Riendo.*)—Ni yo. Que se lo diga don Inocencio.

JUAN MANUEL.—Don Inocencio, eso es lo mejor. No sé cómo el padre tiene salud con los sustos que le da la señora duquesa, que no es que tenga mal genio, pero tiene genio...

CLARA.—No replicándola, el nublado pasa pronto.

JUAN MANUEL.—Puede que sea de ese modo. ¿Permiso?...

CLARA.—Anda con Dios.

(*Mutis Juan Manuel por el foro.*)

LEOPOLDO.—Temo que sea muy exagerado lo de las cien mil.

CLARA.—¡Como si tu nombre no respondiera a eso y a más!

LEOPOLDO.—¡De sobra!

CLARA.—(*Advirtiéndole.*)—La abuela.

ESCENA III

DICHOS: ANGELA y TORRES, por la derecha

ANGELA.—¿Qué hacéis?...

LEOPOLDO.—Intentando una siesta.

ANGELA.—Para dormir hay señaladas sus

horas en la Naturaleza. Yo no he dormido jamás de día, y así estoy fuerte y sana. A eso lo atribuyo.

LEOPOLDO.—Pero el tío Diego, aun aquí, se acuesta a las tres o a las cuatro, y se levanta a las doce. ¡Y está bien robusto!

CLARA.—Y lo atribuye a eso.

ANGELA.—¿Qué consecuencias sacas? ¿Que yo no digo la verdad?... El discutir a las personas mayores es de un gusto dudoso. Recuérdalo, Clarita.

CLARA.—No quise decir...

ANGELA.—Os dejo al señor de las Torres.

LEOPOLDO.—Gracias.

ANGELA.—(*Acercándose a Torres.*)—Voy un momento a mis oraciones de la tarde, que luego vendrá gente y no me dejarán.

(*Más alto.*)

¿Usted me oye?...

TORRES.—Eso quisiera.

CLARA.—(*Hace ademán de que va a rezar.*)

TORRES.—Muy bien, muy bien: téngame presente en sus rezos, que por las virtudes de usted han de ser muy gratos allá arriba..

ANGELA.—Atendedle.

LEOPOLDO.—Ya estuvo aquí toda la mañana con pretexto de la misa; después se quedó a almorzar con pretexto del almuerzo, ¡y ahora de tertulia!

ANGELA.—¿No sabes mortificarte?... No olvides, Leopoldo, que este respeto y esta consideración es el fundamento de la familia, y si tuviérais hijos, que el cielo parece no querer concedéroslos...

CLARA.—No le riñas por eso todavía, abuela...

ANGELA.—Comprenderíais mejor mis reflexiones. Atended a ese caballero, que honra nuestra casa con su visita bastante más que algunos otros.

LEOPOLDO.—Ismael marcha mañana.

ANGELA.—No aludo a nadie.

CLARA.—No...

(*Mutis Angela, por la izquierda.*)

ESCENA IV

CLARA, LEOPOLDO y TORRES

LEOPOLDO.—¡Todo sirve para una reprimenda o para un sermón!...

TORRES.—Es discretísima esta señora, mi señora doña Angela de Fuentioñoro.

LEOPOLDO.—Usted ¿qué sabe?...

TORRES.—¿Eh?...

CLARA.—Que usted ¿qué sabe, si no la oye jamás?

TORRES.—La conozco desde muy joven y goza justa fama de entendida y de recta y de muy religiosa. No me cansaré nunca de alabarla como se merece.

ESCENA V

DICHOS: DIEGO por la derecha y DON INOCENCIO.

LEOPOLDO.—Se le estima, don Inocencio; tiene usted que decirle a la abuela que la vaca revienta y que ya puede ir disponiendo el comprar otra.

INOCENCIO.—¿He de ser yo?...

CLARA.—¿También le tiene usted miedo?

DIEGO.—Ese *también* es muy satisfactorio para la familia.

LEOPOLDO.—Déjese de pamplinas y haga lo que le ordenan.

INOCENCIO.—Yo no discuto, señor conde...

(*Humildemente.*)

Y obedeceré, como siempre.

DIEGO.—Pero hombre, cura, ¿no te da vergüenza ser tan apocado? Ten energía una vez siquiera.

INOCENCIO.—En casa tenemos el ejemplo, con el señor de la Peña, de cómo una persona, por su voluntad, llega a ser poderoso y considerado; yo soy el ejemplo de cómo una persona, a fuerza de voluntad, llega a no tenerla. De chico, mi carácter era arrebatado, fuguillas, con ideas propias, opiniones, simpatías y antipatías... en fin, con una porción de majaderías.

CLARA.—¡Majaderías, no!

DIEGO.—En lo suyo, él sabrá más que tú.

INOCENCIO.—Sí, señor. Hasta que me persuadí de que llevaba mal camino y entonces me propuse guiar mi pensamiento, en lo trivial de la vida, por donde pensaban los demás, perfeccionándome tanto en esa labor, que he conseguido borrar mi personalidad; yo, no soy yo; y soy la persona con quien hablo; y si con diez personas hablo al día, yo soy las diez personas y tengo diez opiniones diferentes... y lo peor es

que las diez veces estoy firmemente convencido de lo que digo.

CLARA.—En la apariencia, en la cortésia de no contradecir, quizás; pero en su interior de usted...

INOCENCIO.—Casi igual.

DIEGO.—Pues yo encuentro deplorable tu sistema. No digo que llesves la contraria siempre; pero cuando el momento lo exija, un poquito de entereza es muy conveniente.

INOCENCIO.—¿El consejo de usted es que tenga un arranque de energía cuando las circunstancias parezcan pedirlo?

DIEGO.—Eso es.

INOCENCIO.—Perfectamente. Supongamos que ya lo he tenido con la señora duquesa; me despide... salgo de esta casa...

DIEGO.—Y a otra, que nunca faltan.

INOCENCIO.—Perfectamente. ¿Y en esa otra...? ¿Otro arranque...?

CLARA.—(Riendo).—¡No!

INOCENCIO.—Pues entonces, lo que he de pasar allá, bien puedo sufrirlo aquí, ahorrándome la caminata. Y perdone que se lo diga, mi querido don Diego: el que nace para humilde no se ha de alborotar por humillado, y las má-

ximas de energía son buenas para los triunfadores, para los que aciertan en su rebelión; para los demás, les causan muchísimo daño y jamás sacan de ellas un provecho. Y disimulen que haya hablado tanto de mí mismo. Con su licencia voy al recadito de la vaca *Pintada*, ya que eso es lo que disponen...

(*Mutis Don Inocencio por la izquierda.*)

ESCENA VI

DICHOS, MENOS DON INOCENCIO

LEOPOLDO.—¿Qué dices tú, Diego...?

DIEGO.—Digo que es una porra todo esto de aconsejar a los demás; que cada uno tiene razones sobradas para brincar o para estarse quieto, y que sólo Dios sabe la cantidad enorme de energía que hará falta para cometer muchas de las que nos parecen cobardías...

CLARA.—Bien dicho.

DIEGO.—Y digo además, que yo seguiré dando los consejos que no me piden... por mis razones particulares.

LEOPOLDO.—Lo esencial es que vaya con el recadito.

DIEGO.—Conde de Eguiza, ¡eres un gran filósofo! No quiero hacerte la injusticia de suponer que sepas filosofía, ni nada...

CLARA.—Sabe quererme y le basta.

DIEGO.—¡Quién lo duda...! Pero he dicho la mayor verdad que han oído los siglos; lograr lo que a uno le importa y el resto no importarle a uno.

LEOPOLDO.—Mucha novedad no es...

DIEGO.—No. Sin embargo, fírmala y te acreditas.

CLARA.—Ya se nos quedó otra vez dormido el señor de las Torres.

LEOPOLDO.—¿Vamos a despertarle con un buen susto?

(Coge una silla para dejarla caer.)

DIEGO.—¡Leopoldo!

(El señor de las Torres les mira y sonríe. Leopoldo deja la silla.)

CLARA.—¿Se dormía?

TORRES.—No. Siempre tengo pendiente alguna conversación conmigo mismo... y ahora seguía en mi interior diciendo alabanzas a esta casa en donde quiero a todo y a todos.

CLARA.—Pero especialmente a la abuela.

TORRES.—Ella es la virtud y es la bondad personificadas.

CLARA.—¿Y los demás?

TORRES.—Los demás reflejan de ella. Y no se figuren que siempre tuvo el pelo blanco y el andar lento... ¡No! Que fué bien alegre y bien ágil y bien linda... Y bien codiciada. Cuando se casó era una real moza, y su esposo otro.

DIEGO.—¿No era el mismo?

TORRES.—¡Otro real mozo, señor!

LEOPOLDO.—Eso aclara un poco...

CLARA.—¿Creo que le tenía en un puño?...

DIEGO.—Sí; pero cuando ese puño se descolaba, el bastón era muy alegrillo. Había que verlo viajando solo; tratándose de casados, solo quiere decir siempre sin la mujer.

CLARA.—No lo aprendas...

TORRES.—Mi gran amigo, el oncenno duque de Azaral, era un señor, lo que se llama un señor. Generoso, hidalgo, valiente, cortés y de una educación esmeradísima. Protector de los

artistas y un entusiasta aficionado de las Bellas Artes.

DIEGO.—De eso puedo dar fe. Las tres veces que fuimos juntos a París, las tres se largaba de noche a ver cuadros.

CLARA.—Pero allí, de noche, ¿no cierran los museos?

DIEGO.—Los que él visitaba, no.

TORRES.—¿Cómo ha dicho?... ¿Cómo ha dicho?...

CLARA.—(Al oído.)—Que de noche...

TORRES.—¡No!

CLARA.—(Más alto.)—Que de noche...

TORRES.—No.

CLARA.—¿Cómo que no?

TORRES.—Por este lado, no, que es perder el tiempo. Por aquí, ni una bala.

CLARA.—(Hablando del otro lado.)—Que el abuelo iba de noche a visitar museos.

TORRES.—Sí, sí era muy gracioso. Y en Salamanca, popularísimo; le conocían hasta las piedras. En saliendo de casa, ya era de ritual ir con el sombrero en la mano, porque todos le saludaban: «Buenas tardes, señor duque»; «Buenos días, don Luis»; «Adiós, Luisito»... Y los chiquillos, porque siempre les daba

cuartos para golosinas, le querían como a un padre.

DIEGO.—Y a algunos puede que no les falta razón.

TORRES.—Era muy famoso.

DIEGO.—Usaba una peluca con el pelo muy largo, y para disimular, tenía otra con el pelo corto; eran los días que él llamaba de peluquero. Lo grave es que el pelo crecía una cuarta de la mañana a la tarde...

TORRES.—¿Qué dice?... ¿Qué dice?...

(Leopoldo, acercándosele, finge que habla. Riendo.)

Es gracioso, es gracioso...

CLARA.—(Apartándole.)—No tengas mala entraña, Leopoldo.

(A Torres.)

¡Que no habla siquiera!...

TORRES.—Ya lo sé, ya lo sé, condesita de Eguiza. Pero dándome por enterado se le malograba la burla, vamos, la broma, y no valía la pena de que fracasara por tan poco el inge-

nio de mi joven amigo el señor conde de Egui-za, nieto de mis respetabilísimos amigos los señores duques de Azaral. No, no valía la pena...

DIEGO.—(*Abrazándole.*)—Eres un barbián, señor de las Torres.

CLARA.—(*A Leopoldo.*)—Lo tienes merecido...

TORRES.—(*A Leopoldo.*)—No es reproche, no; compréndalo.

DIEGO.—Y si lo fuera, que se rasque.

TORRES.—(*A Diego.*)—Sé que es un defecto muy grande el mío... Yo hubiera preferido tener un vicio, aunque fuese muy grande también, porque la gente se reiría o se indignaría a mis espaldas únicamente... y a espaldas todo es igual; ¡pero no está en mi poder un cambio tan ventajoso! No me quedaba más recurso que aislarme... y eso era horrible; hacer cuestión personal cada mofa de éstas... y eso era imposible, porque aun logrando matar a media humanidad, tendría que seguir matando a unos cuantos más, o reirme yo también, y eso hago, convencido de que los burladores se cansan pronto cuando el burlado empieza él mismo por reirse. Hasta luego, condesita...

CLARA.—¡Quédese un rato de tertulia!

TORRES.—Hasta luego, señor conde.

LEOPOLDO.—Perdone usted...

TORRES.—Diego... Ya sabe uno bien cuándo hace el ridículo; pero la vida—la vida de algunos, por lo menos—depende precisamente de ignorarlo.

DIEGO.—Quédate, hombre. Aquí todos te queremos bien; a gritos, pero te queremos.

TORRES.—Hasta luego, Dieguito. Cuando no me río no puedo estar mucho tiempo en ninguna parte. Despidanme de la señora duquesa... y ¡dispensen, eh, dispensen!...

DIEGO.—(*Cogiéndole.*)—¡Quédate!

TORRES.—Dispensen... Buenas tardes, señores míos.

(*Mutis Torres por el foro.*)

ESCENA VII

DICHOS: menos TORRES

LEOPOLDO.—¡Estoy insoportable. lo reconozco!... Pero hay que disculparme un poco, porque me tiene nervioso esta atmósfera de hostilidad que se respira en nuestra casa.

CLARA.—Es nervioso, tío Diego.

DIEGO.—Sí, hija, sí. El que no esté muy en el secreto pensará que es mala educación; pero a nosotros nos consta positivamente que es enfermedad y hay que compadecerle. ¡Pobre Leopoldo!

LEOPOLDO.—No empieces tú ahora con cuchufletas, porque me voy a encarar contigo y saldremos mal tú o yo, o los dos.

CLARA.—Quiere decir que le perdona usted...

DIEGO.—¿Quiere decir eso?... Pues que lo diga, Clarita, que lo diga.

CLARA.—Está muy contrariado por no disponer de una cantidad que necesita.

DIEGO.—Contrariado por eso mismo llevo yo cuarenta y seis años.

LEOPOLDO.—Cincuenta y seis.

DIEGO.—¿Seguro?

LEOPOLDO.—Sí.

DIEGO.—Bien. Cincuenta y seis.

CLARA.—¿Qué necesidad tienes de rectificar eso?

LEOPOLDO.—¿Y tú de enmendarme la plana?

CLARA.—Mira, Leopoldito...

LEOPOLDO.—(Brusco.)—¡Déjame en paz, eh!

CLARA.—(Severa.)—¡Leopoldo!...

DIEGO.—(Suavemente.)—Es nervioso, Clarita, es nervioso.

CLARA.—(Dominándose.)—Sí lo es.

LEOPOLDO.—Oye, tío Diego.

(Amenazando.)

DIEGO.—(Con calma.)—¿Qué, sobrino, qué?

CLARA.—(Advirtiéndoles.)—Ismael...

ESCENA VIII

DICHOS: ISMAEL, por la izquierda.

CLARA.—Amigo Ismael... ¿recluido?

ISMAEL.—Terminando de arreglar el equipaje.

CLARA.—Había tiempo.

ISMAEL.—Pero ese cuidado ya está fuera.

DIEGO.—¿Cómo andamos de sueños y de nubes y de poesía?

ISMAEL.—Ya volaron. Hay que volver en seguida a la lucha, so pena de ser vencido. Y no me conviene...

LEOPOLDO.—Aún está el correo de hoy sin abrir.

ISMAEL.—Ahora.

LEOPOLDO.—Si me viera obligado a leer y a contestar tantos papelotes enfermaba en un mes.

ISMAEL.—Sería muy sensible.

LEOPOLDO.—Con la fortuna de usted ya había yo mandado a paseo los negocios.

ISMAEL.—¿Y con qué voy a entretenerme?

CLARA.—Ha de ser muy divertido manejar millones, meter los brazos hasta el codo en talegas de oro...

ISMAEL.—Esa es la leyenda; la realidad es más prosaica. Una firma en el libro de cheques o en el vendí de Bolsa.

CLARA.—En Salamanca deja usted fama de espléndido. Las señoras de las Juntas dicen que da gusto acercarse a usted.

ISMAEL.—Yo también lo digo de ellas.

CLARA.—¡Pidiendo!

ISMAEL.—Aunque sea de ese modo.

CLARA.—Y limosnas ha dado usted sin tasa...

ISMAEL.—Fuí pobre, y cuando piden me lo recuerdan. El que da, no da: devuelve.

CLARA.—Realmente, es muy hermoso hacer el bien.

ISMAEL.—Sí, señora; aunque no estoy muy

convencido de que el dar dinero y hacer el bien sean siempre una misma cosa.

CLARA.—Eso ya es un poquito alambicado.

ESCENA IX

DICHOS: CRIADO, por la izquierda.

CRIADO.—(*Entregando un telegrama.*)—Ya he firmado yo el recibo para que el señor no se molestase, y si hay contestación iré escapado a Telégrafos.

CLARA.—(*Aparte a Diego.*)—Son angelicales estos criados...

DIEGO.—(*A Clara.*)—Aquí también lo son los señores.

ISMAEL.—(*Al criado, que se retira.*)—No.

(*A Diego.*)

Es de la casa Lebliu y Compañía, e interesante.

(*Leyendo.*)

«Confirmamos carta, créditos aumentan, crédito disminuye.»

DIEGO.—¿A quién se refieren?

ISMAEL.—A uno...

DIEGO.—Creí que era a otro.

ISMAEL.—¡Puede que sea el mismo!

CLARA.—*(Que habló en voz baja con Leopoldo.)*—Mientras abre usted su correo, yo voy a escribir al tío Sebastián, felicitándole.

ISMAEL.—¿Está de días?

CLARA.—De muchos días, sí; ha mejorado.

LEOPOLDO.—No cierres la carta; yo también le pondré unas líneas.

CLARA.—*(Cogiéndose del brazo de Diego y llevándose.)*—Hasta ahora. Volveremos inmediatamente...

DIEGO.—*(Aparte a Clara.)*—Si vas a escribir, te estorbaré.

CLARA.—¡No!

DIEGO.—Entonces, ¿es que estorbo aquí?...

CLARA.—En ninguna parte. Anda, ven...

DIEGO.—¿Tiene que hablarle Leopoldo?... ¿Mucho?

CLARA.—Un rato...

DIEGO.—No pregunto tiempo, sino cantidad.

CLARA.—¡Qué mal pensado eres!... ¡Anda, tío Dieguito, anda!...

(Mutis Clara y Diego por la derecha.)

ESCENA X

ISMAEL y LEOPOLDO

ISMAEL.—*(Sentado, abriendo su correo.)*—¿Usted me permite, conde?

LEOPOLDO.—¿No le distraerá a usted demasiado que hablemos una palabra?

ISMAEL.—Es posible; pero la oiré con mucho gusto.

LEOPOLDO.—*(Sentándose a su lado.)*—Se trata de algo personal...

ISMAEL.—¿Un negocio?... ¿De esos que usted no haría si tuviera mi fortuna?

LEOPOLDO.—En el caso de usted me retiraba después de éste.

ISMAEL.—No está mal dispuesto.

(Toda la escena abre cartas y lee, atendiendo poco a Leopoldo.)

Con su venia, seguiré enterándome del correo. Atiendo mejor así; es una costumbre del despacho... Veamos el negocio: ¿Grande?

LEOPOLDO.—Sí... Algo.

ISMAEL.—¿Con qué garantía?

LEOPOLDO.—Mi firma.

ISMAEL.—Bien. Supongamos que es garantía.

LEOPOLDO.—(*Levantándose enojado.*)—¡¡Señor de la Peña!!

ISMAEL.—(*Sin moverse y sonriendo.*)—En este momento no es usted razonable...

LEOPOLDO.—Soy el conde de Eguiza.

ISMAEL.—Exacto.

LEOPOLDO.—El nieto de la duquesa de Azaral y el sobrino preferido del tío Sebastián...

ISMAEL.—¿Que vive todavía?

LEOPOLDO.—(*Un poco cortado.*)—Sí, señor...

ISMAEL.—Pues un tío vivo no es garantía comercial.

LEOPOLDO.—(*Secamente.*)—¿Eso quiere decir que no?...

(*Ismael hace un gesto dudoso.*)

ESCENA XI

DICHOS: CONSTANZA, por la izquierda

CONSTANZA.—No les consiento a ustedes que permanezcan bajo techado con un día tan espléndido. ¿Vamos a merendar al campo?...

ISMAEL.—(*Muy gozoso.*)—Lo que usted disponga; ya es lo mismo que mandarlo.

CONSTANZA.—(*Muy seria.*)—Pues ordeno y mando que... que...

(*Pausa, riéndose.*)

No sé ni las fórmulas de mandar en lo más insignificante; es preferible obedecer...

ISMAEL.—¿De verdad?...

CONSTANZA.—¿Ya no se acuerda usted de mi obediencia?...

ISMAEL.—Sí, sí...

CONSTANZA.—Voy a convencer a Clarita y a padre y al tío Diego para que nos acompañen.

(*Muy seria.*)

La abuela no vendrá porque ya le fatiga el andar mucho.

ISMAEL.—(*Gozoso.*)—¿No vendrá la abuela?...

CONSTANZA.—No.

(*Le mira un momento seria y en seguida se echa a reír.*)

Contamos contigo, ¿eh, Leopoldo?...

(Mutis Constanza por la derecha.)

ESCENA XII

ISMAEL y LEOPOLDO

ISMAEL.—*(Mira desaparecer a Constanza, sonriendo, gozoso; luego, volviéndose a Leopoldo.)*—Eso quiere decir que sí, que estoy pronto a honrar la firma de usted.

(Sentándose, vuelve a leer.)

LEOPOLDO.—Y facilitarme...

ISMAEL.—Sí. ¿Cuánto?

LEOPOLDO.—Bastante...

ISMAEL.—¿Cuánto?...

LEOPOLDO.—Cien mil...

ISMAEL.—¿Cien mil qué?...

LEOPOLDO.—Pesetas, que yo le...

(Deteniéndose ante un gesto de Ismael.)

ISMAEL.—*(Lee una carta con mucha atención, termina y vuelve a leerla, sonriendo y pausado.)*—Es curiosa esta carta, la confirmada por el telegrama de la Casa Lebliu y Compañía.

LEOPOLDO.—*(Sonriendo malhumorado.)*—¿Sí?

ISMAEL.—Sí.

LEOPOLDO.—¿A propósito de qué?

ISMAEL.—De intereses relacionados con mis asuntos.

(Guardándose la carta.)

Es muy curiosa...

LEOPOLDO.—Quizás le hagan a usted variar...

ISMAEL.—Ni esto ni nada; pero esto ya lo sabía.

LEOPOLDO.—Se las devolveré a usted en el plazo de... ¿de seis años?

ISMAEL.—Bien.

LEOPOLDO.—Y quizás no lleguemos a ese tiempo, porque, desgraciadamente, la salud del tío Sebastián...

ISMAEL.—Usted es más generoso.

LEOPOLDO.—*(Sorprendido.)*—¿En qué?

ISMAEL.—En el plazo. Otros no le autorizan para vivir tanto.

LEOPOLDO.—¿Otros?...

ISMAEL.—No se preocupe usted.

LEOPOLDO.—Pondremos el interés que usted considere...

ISMAEL.—Ninguno. En su lugar una condición: que si alguna vez le pido a usted un favor, usted lo hará.

LEOPOLDO.—(*Receloso.*)—¿Y si no puedo?

ISMAEL.—No pudiendo, me da usted su palabra de caballero de no intervenir ni en pro ni en contra.

LEOPOLDO.—¿Nada más?

ISMAEL.—Nada más.

LEOPOLDO.—Es usted un banquero ideal.

ISMAEL.—A fuerza de ser práctico, en algunas ocasiones idealizo mi vida... y las ajenas. Mañana daré yo mismo la orden de pago, en Madrid; pasado, puede usted presentarse a cobrar, si no prefiere usted...

LEOPOLDO.—Iré, iré. Y gracias.

(*Levantándose.*)

¿Al fin compra usted aquí esas tierras?...

ISMAEL.—Probablemente.

LEOPOLDO.—Dicen que tiene usted grandes posesiones en Jaén y en Córdoba, y...

ISMAEL.—He caído en la manía de adquirir.

LEOPOLDO.—¿Todo lo que sale?

ISMAEL.—Casi todo. Todo sería una exageración.

LEOPOLDO.—¡Le habrán hecho a usted cada oferta!... Y en cuestión de mujeres no hablemos.

ISMAEL.—(*Levantándose.*)—En cuestión de mujeres, he tenido que comprar a muchos hombres.

LEOPOLDO.—Eso costará...

ISMAEL.—Cuando vienen a ofrecerse, no suelen ser baratos; los caros son aquellos que no llegan nunca a saber que se vendieron.

LEOPOLDO.—¿Será usted muy desconfiado?...

ISMAEL.—Al revés; confiadísimo, convencidísimo...

LEOPOLDO.—Eso va en el carácter.

ISMAEL.—No, no; en el precio.

LEOPOLDO.—Varía.

ISMAEL.—Poco.